

DOMINGO XXIX DEL TIEMPO ORDINARIO

CICLO C

3^a Lectura (Lc. 18, 1-8)



“Dios hará justicia a sus elegidos que claman a él”

«En aquel tiempo, Jesús, para explicar a los discípulos cómo tenían que orar siempre sin desanimarse, les propuso esta parábola: – Había un juez en una ciudad que ni temía a Dios ni le importaban los hombres. En la misma ciudad había una viuda que solía ir a decirle: “Hazme justicia frente a mi adversario”; por algún tiempo se negó, pero después se dijo: “Aunque ni temo a Dios ni me importan los hombres, como esa viuda me está fastidiando, le haré justicia, no vaya a acabar pegándome a la cara”.»

Y el Señor respondió: –Fíjaos en lo que dice el juez injusto; pues Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos que le gritan día y noche?, ¿o les dará largas? Os digo que les hará justicia sin tardar. Pero cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?» (Lc. 18, 1-8).

“Jesús, para explicar a los discípulos”: Jesús usaba con frecuencia las parábolas. Son vehículo adecuado para hacer cabalgar sobre ellas una doctrina tan arcana como lo es la eterna. En esta ocasión Jesús usa

también una parábola, pues la doctrina sobre la oración reviste una importancia capital para tu vida, y quiere que la comprendas y la grabes en tu conciencia.

La parábola de Jesús sobre el “*Juez Inicuo y la Viuda Tenaz*” pone de manifiesto:

- Su inquietud por inculcarte la importancia que tiene la oración en tu vida.
- El poder eficaz de la oración que tienes contigo.
- La constancia requerida en la oración para que ésta sea eficaz.

“Cómo tenían”: Parece que aquí Jesús está revelando a sus discípulos un secreto admirable, del que tendrán una necesidad absoluta para vivir santamente en la tierra y heredar luego la bienaventuranza eterna. Sí, hermano, convéncete de esta realidad: *¡cómo tienes que orar siempre!*

“Que orar siempre”: La oración es una vigorosa actitud en tu vida que pone constantemente a prueba:

- Tu perseverancia en la oración “*sin desanimarte*”.
- La firmeza de tu voluntad asumiendo un tenor de vida irrenunciable.
- Lo inquebrantable que es tu fe en Dios.

Tu vida debe ser oración, no tanto por la extensión diaria, cuanto por tu perseverancia durante toda la vida. Tienes doctrina en el mismo Evangelio:

«*Y al orar, no charléis mucho, como los gentiles, que se figuran que por su palabrería van a ser escuchados. No seáis como ellos, porque vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes de pedírselo.*» (Mt. 6, 7-8).

Por tanto, no puedes sacar erróneamente la conclusión de que todo el día debes estar sumido en oración. No es así, no puede ser así, dada la actual condición del hombre. Pero sí es necesario que todos los días de tu vida tengas un tenor de vida espiritual (oración en exclusiva) al que no has de renunciar, “*así se hunda el mundo*”, como acostumbraba a enseñar reiteradamente Sta. Teresa de Jesús. En esto consiste el “*orar siempre*”, es decir, no sólo durante una temporada de la vida, y luego nada. Pero

también has de convertir toda tu actividad en oración. Que toda tu vida sea un canto de alabanza al Creador.

Independientemente de los resultados obtenidos en la oración, tu vida debe estar llena de oración: no importa que los fracasos llamen a las puertas de tu existencia terrena, tú permanece en oración. Pues para este fin de amor a Dios has sido creado.

“Sin desanimarse”: Nunca desfallecer. Incluso, cuando llega la cruz, también debe estar inmersa tu vida en abundante oración.

«QUIENES ORAN CON PERSEVERANCIA TIENEN UN INTERCESOR ANTE EL PADRE.

[El Hijo de Dios] ora por los que oran y suplica por los que suplican; pero no intercederá por quienes asiduamente no ruegan a través de Él, ni defenderá como cosa propia delante de Dios a los que no pongan en práctica su enseñanza de que es necesario orar siempre sin desfallecer. Pues según nos refiere san Lucas, “les proponía una parábola para mostrar que es preciso orar en todo momento y no desfallecer: Había en una ciudad un juez”, etc. Y de los que confían en las veracísimas palabras de Cristo ¿quién no arderá en deseos de orar sin desmayo, ante su invitación: “Pedid y se os dará, pues todo el que pide recibe”? (Lc. 11, 9-10)» (ORÍGENES, Sobre la oración, 10, 2; GCS 3, 320-321).

La expresión “sin desanimarse” da a entender que en la vida apostólica les acechan a los discípulos muchos desánimos, los cuales también deben estar llenos de oración; más aún, deben estar muchísimo más llenos de oración, como Jesús en el Huerto:

«Y sumido en agonía, insistía más en su oración.» (Lc. 22, 44).

Y si los discípulos desfallecen por alguna cosa, que nunca sea por orar: aquí no es lícito desfallecimiento alguno.

No debes desistir de tu oración porque aprecies que las cosas no suceden a tu gusto, o según tú has pedido a Dios. No te desanimes: sigue orando. Hasta puede ocurrir que Dios te conceda lo contrario de lo que pides. Y no te inmutes por ello, pues con razón te podría decir el señor que no sabes lo que pides:

«No sabéis lo que pedís.» (Mt. 20, 22).

“Les propuso esta parábola”: Sobre los cuentecillos es más fácil retener en la memoria una doctrina, pero, además, es más fácil comprender el contenido doctrinal de una enseñanza, como ocurrirá en la siguiente parábola del “*Juez Inicuo y la Viuda Tenaz*”:

“Había un juez en una ciudad”: El juez con que se enfrenta la viuda es el tipo de juez normal en Oriente: desamorado, interesado sólo por sí mismo, falto de temor de Dios y de los hombres, como puede verse en la historia de la casta Susana (**cf. Dan. 13**).

“Que ni temía a Dios y ni le importaban los hombres”: ¿Quiere aquí Jesús dejar constancia del vicio propio del oficio de juez terreno? S. Mateo hará otra descripción más alarmante:

«“Inocente soy de la sangre de este justo. Vosotros veréis.” Y todo el pueblo respondió: “¡Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!”» (Mt. 27, 24-25).

Primero lo declara “*justo*” y luego lo condena a muerte.

Tal vez por eso también S. Pablo hace su lectura de los tribunales:

«*¿No hay entre vosotros algún sabio que pueda juzgar entre los hermanos? Sino que vais a pleitear hermano contra hermano, ¡y eso, ante infieles!*» (1 Cor. 6, 5-6).

La pintura del juez es desalentadora, pero a la viuda no le importa. Tiene confianza en su perseverancia pidiendo justicia.

“En la misma ciudad había una viuda”: Esta viuda de la parábola de Jesús sólo pide justicia. No está mendigando pan ajeno. Por tanto, tiene derecho a lo demandado, pero el juez, que es malo, se resiste.

La viuda, en el Antiguo Testamento, es símbolo de desamparo y debilidad. El legislador sagrado tiene providencia para con ella:

«*No vejarás a viuda ni a huérfano. Si le vejas y clama a mí, no dejaré de oír su clamor, se encenderá mi ira y os mataré a espada;*

vuestras mujeres quedarán viudas y vuestros hijos huérfanos.» (Éx. 22, 21-23).

«Dios es el Dios de los dioses y el Señor de los señores, el Dios grande, poderoso y temible, que no hace acepción de personas ni admite soborno; que hace justicia al huérfano y a la viuda.» (Deut. 10, 17-18).

Jesús tal vez ha querido recordar esta parábola pensando en aquella sentencia del Antiguo Testamento:

«Maldito quien tuerza el derecho del forastero, el huérfano o la viuda. —Y todo el pueblo dirá: Amén.» (Deut. 27, 19).

La inclinación del corazón de los malos es dañina:

«Oprimamos al justo pobre, no perdonemos a la viuda, no respetemos las canas llenas de años del anciano. Sea nuestra fuerza norma de la justicia.» (Sab. 2, 10-11).

“Que solía ir a decirle”: He aquí el secreto del éxito de la viuda: su perseverancia. Acude al juez, ¿no responde?, vuelve de nuevo, ¿que sigue sin responder?, vuelve de nuevo otra vez... Y así hasta que haga justicia. La viuda sabía que el juez tendría que desistir de su desamparo, aunque nada más fuera para que le dejara vivir en su comodonería.

Ahora bien, si la viuda consigue su propósito frente a un corrupto, ¿no lo va a conseguir tu alma frente a Dios, que es tu Padre, que te ama hasta entregarte a su mismísimo Hijo eterno para ser sacrificado en un madero para tu salvación?

Luego, ten confianza, hermano: ¡lo conseguirás!

“Hazme justicia”: No interesa tanto el motivo que llevó a la viuda ante el juez, cuanto la consecución de su propósito, es decir, que sacó al juez inicuo de su injusta inercia y consiguió de él su propósito. Tampoco interesa tanto el fallo del juez a su demanda, cuanto que el juez se tomó interés por la solicitud reiterada.

La doctrina que te interesa aquí es que Dios no puede ser tan miserable como este inicuo juez, y que, por tanto, tendrá entrañas de misericordia para atender tus peticiones.

“Frente a mi adversario (*ἀντί-δίκον*)”: Se trata del enemigo, el adversario en el tribunal.

Teológicamente el adversario ($\deltaιά\text{-}\betaολος$), el acusador, el detractor, el calumniador, es Satanás. $\Deltaιο\acute{u}$ es un adverbio. Significa: separadamente, en dos partes, en pedazos, totalmente. Y $\betaολος$ es la acción de lanzar, poner trampas, lazos. Por lo tanto, $\deltaιά\text{-}\betaολος$ es el que lanza en direcciones opuestas, el que desgarra, el que divide, aniquila, el que promueve divisiones: divide y enfrenta.

Parece que San Lucas ha querido encarecer en esta parábola la necesidad que tienes de acudir al Juez Supremo para que te libre de tan pernicioso adversario:

«Oí entonces una fuerte voz que decía en el cielo: “Ahora ya ha llegado la salvación, el poder y el reinado de nuestro Dios y la potestad de su Cristo, porque ha sido arrojado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba día y noche delante de nuestro Dios.”» (Ap. 12, 10).

En enemigo ciertamente es poderoso:

«El Hijo de perdición, el Adversario que se eleva sobre todo lo que lleva el nombre de Dios o es objeto de culto, hasta el extremo de sentarse él mismo en el Santuario de Dios y proclamar que él mismo es Dios.» (2 Tes. 2, 3-4).

Pues ante enemigo tan poderoso, no tendrás otra ayuda que la divina:

«Danos ayuda contra el adversario, que es vano el socorro del hombre.» (Sal. 60, 13; Cf. Sal. 108, 13).

“Por algún tiempo”: El soliloquio del juez inicuo coincide con la descripción hecha en el v. 2: “*ni temía Dios ni le importaban los hombres*”:

La demora no le desanimó a la viuda. Estaba decidida a llamar a la puerta del juez hasta el último aliento de su vida.

Si no consigues de inmediato lo que pides, no desistas, tú continúa, la perseverancia alcanzará tu petición.

“Se negó”: El juez, como es inicuo, comete la injusticia de negarse a hacer justicia. Y así “*el adversario*” viene a convertirse en “*la negación*” de la justicia el bien y la paz.

“Pero después se dijo”: La perseverancia de la viuda le lleva al juez a tomarse las cosas en serio, pues es más cómodo hacerle justicia a la viuda que aguantarla día a día importunando.

“Aunque ni temo a Dios”: Jesús deja de manifiesto que el móvil de la decisión para hacerle justicia a la viuda no es el santo temor de Dios, sino la perseverancia en molestarle.

“Ni me importan los hombres”: Como el juez se encuentra en las cúspides de las jerarquías humanas del lugar, nada tiene que temer por represalias de acá o de allá, o de que alguien le ordene hacerle justicia a la viuda.

“Como esa viuda me está fastidiando”: El cumplimiento del deber lo concibe el juez malvado como un fastidio, y si hace justicia fastidiado, la hace para sacarse el fastidio de encima. ¡Cómo será entonces la justicia divina que ama a sus hijos y los espera de mil amores!

“Le haré justicia”: Es el aterrizaje de la parábola. La viuda con su perseverancia ha conseguido su fin frente al injusto juez.

“No vaya a acabar pegándome en la cara”: Tan acostumbrados están los inicuos a pegar en la cara que temen se les pague con la misma moneda. ¿Quién es el que pega?:

«Apenas dijo esto, uno de los guardias que allí estaba, dio una bofetada a Jesús, diciendo: “¿Así contestas al Sumo Sacerdote?”» (Jn. 18, 22).

La humillación es grande, pero Jesús la quiso padecer por ti. Ahora no quieras pensar tú que Dios te humille de semejante manera; no, sino que te dará lo que pides. Son los inicuos los que esperan el golpe merecido en la cara.

“Y el Señor respondió”: Jesús hace una llamada de atención a sus discípulos para que caigan en la cuenta de la eficacia que tiene la oración perseverante.

“Fijaos lo que dice el juez injusto”: Si el injusto hace justicia por quedar libre de la viuda, ¿no hará justicia Dios a sus hijos a quienes ama entrañablemente y los quiere tener junto a sí?

“Pues Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos”:

- Dios ciertamente oye las oraciones de sus elegidos.
- La constancia en la oración consigue su objetivo, pues Dios es bueno.
- Dios despacha pronto las oraciones de los justos.
- La razón por la que Dios atiende las oraciones es triple:
 - ▶ Su bondad: que tanto dista de la maldad del juez.
 - ▶ Su amor: que tan grande lo tiene para sus escogidos.
 - ▶ El interés que muestran los escogidos con su perseverancia.

“Que le gritan día y noche?”: Como el niño grita a su padre pidiendo auxilio ante el enemigo, así gritan de continuo los hijos de Dios pidiendo auxilio ante “el adversario”.

Ese grito penetrante del niño no deja indiferente a su padre, mucho menos al Padre Dios.

“¿O le dará largas?”: ¿Hará Dios como hace el juez inicuo? –El interrogante de Jesús exige una respuesta negativa.

“Os digo que les hará justicia sin tardar”: No demorará Dios el auxilio de quienes se confían a su providencia. Dios quiere beneficiarte por medio de tu oración.

“Pero cuando venga el Hijo del Hombre”: La venida del Hijo del Hombre hace alusión al retorno de Cristo Jesús al final de la historia.

“¿Encontrará esta fe en la tierra?”: Cuando llegue el fin del mundo se habrá evaporado la fe, fundamentalmente la fe en la oración.

–Vas a permitir tú que Jesús y María se queden aislados en un rincón del mundo mientras las almas se pudren en sus vicios? –¿No...? Pues manos a la obra: ¡reza!